

Diez tesis acerca de los movimientos sociales *

ANDRÉ GUNDER FRANK y MARTA FUENTES

Este ensayo desarrolla las siguientes tesis:

1. Los “nuevos” movimientos sociales no son nuevos, aunque tengan ciertas características que sí lo son, y los movimientos sociales “clásicos” son relativamente nuevos y probablemente temporales.

2. Los movimientos sociales muestran una gran variedad y mutabilidad, pero tienen en común la movilización individual basada en un sentimiento de moralidad y de (in)justicia, y un poder social basado en la movilización en contra de las privaciones (exclusiones), por la supervivencia y la identidad.

3. La fortaleza e importancia de los movimientos sociales es cíclica y está relacionada con largos ciclos políticos, económicos e ideológicos (quizás asociados con los anteriores). Cuando cambian las condiciones que dan a luz a los movimientos sociales (a raíz de las acciones de estos movimientos y/o con más frecuencia debido a que las circunstancias se transforman), éstos tienden a desaparecer.

4. Es importante diferenciar la composición de clase de los movimientos sociales: en Occidente son predominantemente movimientos de clase media, de clase popular en el Sur, y una mezcla de ambos en el Este.

5. Existen muchos tipos de movimientos sociales. En su mayoría, buscan más autonomía, antes que poder estatal; los que persiguen el poder estatal, tienden a negar su naturaleza de movimientos sociales.

6. Aunque la mayoría de los movimientos sociales son más defensivos que ofensivos y tienden a ser temporales, son agentes importantes (hoy, y en el futuro quizá los más importantes) de transformación social.

7. Los movimientos sociales aparecen como los agentes y los reintérpretes de un “desligamiento” del capitalismo contemporáneo y de la “transición al socialismo”.

8. Es probable que varios movimientos sociales tengan una militancia en común, o que sean más compatibles entre sí y permitan formar coaliciones. También existen movimientos que compiten y tienen conflictos entre sí. Puede ser de utilidad investigar estas relaciones.

* Los autores agradecen a Orlando Fals Borda, John Friedmann, Gerrit Huizer, Marianne Marchand, Andree Michel, Betita Martínez, Yildis Sertel y Marshall Wolfe por sus comentarios escritos al primer borrador y a otros amigos por sus comentarios orales. Agradecen también a Javier Sáenz por la traducción del inglés.

9. Sin embargo, dado que los movimientos sociales, al igual que el teatro callejero, escriben sus propios guiones sobre la marcha —si es que los escriben—, cualquier receta en torno de agendas o estrategias, para no hablar de tácticas, que provengan de personas ajenas a ellos —para no mencionar a los intelectuales— probablemente será, en el mejor de los casos, irrelevante, y contraproducente en el peor.

10. En conclusión, los movimientos sociales actuales sirven para ampliar, profundizar y hasta para redefinir la democracia tradicional del Estado político y la democracia económica.

LOS “NUEVOS” MOVIMIENTOS SOCIALES SON VIEJOS PERO TIENEN ALGUNAS CARACTERÍSTICAS NUEVAS

Los múltiples movimientos sociales en el Occidente, en el Sur y en el Este que hoy son denominados “nuevos” constituyen, con contadas excepciones, nuevas formas de movimientos sociales que han existido a través de los tiempos. Irónicamente, los “clásicos” movimientos de la clase trabajadora y sindicales, surgieron principalmente en el último siglo, y con el paso del tiempo parecen ser más bien un fenómeno transitorio relacionado con el desarrollo del capitalismo industrial. Por otra parte, los movimientos campesinos, de comunidades locales, étnicos/nacionalistas, religiosos y hasta de mujeres/feministas han existido por siglos y hasta milenios en varias partes del mundo. Pero en la actualidad muchos de estos movimientos son comúnmente denominados como “nuevos”. La historia europea da cuenta de numerosos movimientos sociales; ejemplos de ellos son las revueltas de esclavos espartaquistas en Roma, las Cruzadas y múltiples guerras religiosas, los movimientos/guerras campesinas del siglo xvi en Alemania, los conflictos históricos étnicos y nacionales en todo el continente, los movimientos de mujeres que desencadenaron reacciones tales como la cacería de brujas y formas más recientes de represión. A través de la historia, en Asia, en el mundo árabe y con la expansión del Islam, así como en África y América Latina, múltiples formas de movimientos sociales se han convertido en agentes de resistencia y transformación social. Sólo los movimientos ecológicos/verdes y los pacifistas pueden llamarse legítimamente “nuevos”, y esto porque responden a necesidades sociales que han sido generadas recientemente por el desarrollo mundial. La amenaza a la subsistencia y al bienestar, producto de la degradación generalizada del medio ambiente, es resultado del desarrollo industrial reciente; en la actualidad, esta amenaza ha dado surgimiento a nuevos movimientos ecologistas/verdes que tienen una naturaleza primordialmente defensiva. Los recientes desarrollos tecnológicos para la guerra amenazan la vida de grandes masas de la población, y a su vez generan los nuevos movimientos por la paz. Pero ni siquiera son totalmente nuevos. El desarrollo (colonialista/imperialista) capitalista mundial ya había causado (o había estado causando) una severa

degradación ambiental en muchas partes del Tercer Mundo (como la ocurrida después de la Conquista de las Américas, las guerras y la trata de esclavos en África, el saqueo de Bengala), lo cual despertó movimientos sociales defensivos que abarcan, aunque no estaban circunscritos a ella, la problemática ambiental, tales como los movimientos de los indígenas norteamericanos y de los aborígenes australes que aparecen otra vez en la actualidad. Claro está que en épocas anteriores, la guerra ya había diezmado y amenazado a poblaciones extensas, y había generado en éstas movimientos sociales defensivos. En su obra teatral *Lysistrata*, Aristófanes, anticipándose a nuestra era, describió un movimiento pacifista de mujeres.

Los movimientos “clásicos” de la clase trabajadora, de los obreros y los sindicatos, pueden ser vistos ahora como movimientos sociales especiales que han surgido y continuarán surgiendo en lugares y épocas específicas. La industrialización capitalista occidental engendró a la clase obrera industrial y consecuentemente sus reivindicaciones que se expresaron a través de movimientos sindicales (la sindicalización de la clase obrera). Sin embargo, estos movimientos han sido definidos y delimitados por las circunstancias concretas de su propio tiempo y espacio durante el proceso de industrialización en cada región y sector, y en función de las privaciones y la identidad que generaron. “Trabajadores del mundo uníos” y “la revolución proletaria” no han sido más que consignas vacías. Con la cambiante división del trabajo internacional, hasta las consignas han perdido su significado. Los movimientos obreros y de los sindicatos de Occidente se están desmoronando, mientras crecen en aquellas partes del Sur y del Este donde la industrialización local y el desarrollo global han ido generando condiciones y reivindicaciones análogas. Por lo tanto, los movimientos obreros, que han sido erróneamente denominados movimientos sociales “clásicos”, deben ser vistos como un fenómeno reciente y temporal. Además, estos movimientos siempre han estado orientados hacia lo local, lo regional, y en el mejor de los casos, hacia la nación o el Estado. Examinaremos su papel en la demanda por el poder estatal más adelante. Sin embargo, una nueva característica de muchos movimientos sociales contemporáneos es que, más allá de su aparición espontánea y de su mutabilidad y adaptabilidad al liderazgo de los viejos movimientos laboristas, de los partidos políticos y de la Iglesia y otras organizaciones, han recogido de éstos a aquellos cuadros directivos que estaban desilusionados con las limitaciones de las viejas formas organizativas y que ahora persiguen la creación de nuevas formas. Este aporte organizativo puede significar un recurso importante para los nuevos movimientos sociales, en comparación con sus precursores históricos, organizados de una forma mucho menos rigurosa, pero también pueden contener las semillas de la futura institucionalización de algunos de ellos. Otro aspecto que tal vez también puede considerarse nuevo de estos “nuevos” movimientos sociales es el hecho de que, comparados con muchos de los movimientos sociales de la historia, ahora tienden a componerse de un solo estrato social —clase media en Occidente

y populares y de la clase obrera en el Sur—. Sin embargo, aun aceptando este criterio de novedad, los viejos movimientos “clásicos” de la clase obrera también son nuevos y algunos movimientos étnicos, nacionales y religiosos de la actualidad son viejos, tal como lo verificaremos cuando discutamos más adelante la composición de clase de los movimientos sociales. Ya sean nuevos o viejos, los “nuevos movimientos sociales” contemporáneos son los que movilizan a la mayoría de la gente en torno de preocupaciones comunes. Mucho más que los “clásicos” movimientos clasistas, los movimientos sociales motivan y movilizan a cientos de millones de personas en todos los lugares de la Tierra —principalmente fuera de las instituciones políticas y sociales, a las que encuentran inadecuadas para la satisfacción de sus necesidades— razón por la cual recurren a los “nuevos” movimientos sociales que en gran medida no han sido institucionalizados. Este desplazamiento popular hacia los movimientos sociales se manifiesta inclusive en las movilizaciones y movimientos sociales que buscan una identidad y/o que responden a un llamado específico, y que poseen lazos muy débiles o inexistentes de pertenencia: ejemplo de esto es la respuesta de los jóvenes (¿movimiento?) a la música rock en todo el mundo, y al fútbol en Europa y otras partes; y los millones de personas que de país a país han respondido espontáneamente a las visitas del papa (más allá de la Iglesia católica como institución); la respuesta masiva y espontánea al llamado extra (político) institucional de Bob Geldorf contra la hambruna en África: el *Nad Aid*, *Live Aid* y *Asport Aid*. Este último fue un llamado que esperaba una respuesta no sólo por compasión, sino por el sentido moral de la injusticia de esta situación. Vemos pues que algunas de estas formas de movilización social que no implican militancia, tienen más en común con los movimientos sociales que muchos de los que se han autodenominado “movimientos”, tales como los Movimientos de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Bolivia, Chile, Perú y Venezuela, que son (o eran) en realidad partidos políticos leninistas, con un centralismo democrático, o el “movimiento” Sandinista en Nicaragua, que creemos una coalición de organizaciones de masas. Todos ellos buscaban tomar y administrar el poder estatal, para no mencionar al Movimiento de No Alineados, que es una coalición de Estados y de sus gobiernos en el poder, y no un movimiento social de liberación de los pueblos mismos.

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES SE DIFERENCIAN ENTRE SÍ, PERO
COMPARTEN SU MOTIVACIÓN MORAL Y SU PODER SOCIAL

La selección de algunos tipos ideales y características escogidas de los movimientos sociales posiblemente facilite nuestro análisis aunque, claro está este ejercicio se hace peligroso por la variedad y mutabilidad de estos movimientos. (Nos referimos a los tipos “ideales” en el sentido weberiano de una destilación analítica de características que no se encuentran en su

forma pura en el mundo real.) Podemos distinguir entre movimientos ofensivos (una minoría) y defensivos (la mayoría). En una dimensión relacionada, pero diferente, podemos distinguir entre movimientos progresivos, regresivos y escapistas. Una tercera dimensión o característica parece ser la preponderancia de la mujer sobre el hombre —y por lo tanto, aparentemente, una menor jerarquización entre los miembros o líderes de los movimientos—. Una cuarta dimensión es la de la lucha armada, especialmente en pos del poder estatal, o lucha desarmada y específicamente lucha no-violenta, ya sea ésta defensiva u ofensiva. Puede ser que los movimientos armados coincidan con los más jerarquizados y los desarmados con aquellos en que la participación de la mujer es preponderante (aun cuando las mujeres también participan en la lucha armada). Pocos movimientos son a la vez ofensivos, en el sentido de buscar la transformación del orden establecido, y progresistas, o sea que buscan un mejor orden para sí mismos o para el mundo. Normalmente estos movimientos son encabezados y están formados principalmente por mujeres, en especial, claro está, el movimiento de mujeres como tal. La gran mayoría de los movimientos son defensivos. Muchos intentan proteger conquistas recientes (a veces progresistas). Ejemplos de éstos son los movimientos estudiantiles (que en los años 1986-87 reaparecieron en Francia, España, México, China, con un auge no visto desde 1967-68) y miles de movimientos comunitarios en el Tercer Mundo que defendían la subsistencia de sus miembros, contra el asedio de la crisis económica y la represión política. Algunos movimientos defensivos buscan proteger el medio ambiente o mantener la paz, o ambas cosas, como los Verdes en Alemania. Otros movimientos reaccionan de manera defensiva contra las intrusiones modernas, ofreciendo el regreso a una (primordialmente mítica) edad dorada, como por ejemplo al Islam del siglo xvii. Muchos movimientos son escapistas, o tienen importantes componentes que lo son, ya que de manera ofensiva o defensiva buscan una salvación milenarista de las pruebas y tribulaciones del mundo real; ejemplo de esto son los cultos religiosos.

Variados como son y han sido estos movimientos sociales, si tienen alguna característica en común es la de que comparten la fuerza de la moralidad y un sentido de (in)justicia en la movilización para el desarrollo de su fuerza social. La pertenencia individual o la participación y motivación en toda clase de movimientos sociales posee un fuerte componente moral y una preocupación defensiva en torno de la justicia en el orden social mundial. Podemos decir, entonces, que los movimientos sociales movilizan a sus miembros de forma defensiva/ofensiva en contra de una injusticia percibida a partir de un sentido moral compartido, tal como ha sido analizado por Barrington Moore en su obra *La injusticia, bases sociales de la obediencia y la rebelión*. La moralidad y la justicia/injusticia, tanto en el pasado como en el presente, han sido las fuerzas motivacionales y sustentadoras de los movimientos sociales, quizás en un mayor grado que la privación de la subsistencia y/o la identidad, productos de la

explotación y la represión por medio de la cual la moralidad y la (in)justicia se manifiestan. Sin embargo, esta moralidad y esta preocupación por la (in)justicia están referidas primordialmente a “nosotros”, y el grupo social percibido como “nosotros” ha sido y sigue siendo muy variable: familia, tribu, aldea, grupo étnico, nación, país, primer, segundo o tercer mundo, la humanidad, etcétera, y el género, la clase, la estratificación, la casta, la raza y otras agrupaciones o combinaciones de éstas.

Lo que nos moviliza es esta privación/opresión/injusticia con respecto a “nosotros”, independientemente de la forma en que “nosotros” nos definamos o nos percibamos. Entonces, cada movimiento social sirve no sólo para luchar en contra de la privación, sino que al hacerlo también (re) afirma la identidad de las personas activas en el movimiento, y tal vez también la de aquellos “nosotros” por los cuales el movimiento actúa. Estos movimientos sociales, por lo tanto, lejos de ser nuevos, han caracterizado la vida social de la humanidad en muchas épocas y lugares.

Al mismo tiempo, los movimientos sociales generan y ejercen un poder social por medio de sus movilizaciones y sus participantes. O sea que el poder es generado por el movimiento como tal, y a la vez deriva de éste, y no por alguna institución, ya sea ésta política o no. Es más, la institucionalización debilita a los movimientos y el poder público del Estado los niega. Los movimientos sociales requieren de una organización flexible, adaptativa y no-autoritaria, que dirija el poder social en la búsqueda de metas que no pueden ser alcanzadas tan sólo por medio de la espontaneidad fortuita. Pero esta organización flexible no tiene que implicar necesariamente la institucionalización, la cual limita y restringe el poder social de estos movimientos. Es así como estos movimientos sociales auto-organizados confrontan el poder (estatal) y existen con un nuevo poder social, el cual altera el poder político. El lema del movimiento de mujeres de que lo personal es político, se aplica *a posteriori* a todos los movimientos sociales, los cuales también redefinen el poder político. Tal como lo ha observado Luciana Castelina, una militante en muchos movimientos sociales (y algunos partidos políticos): “somos un movimiento porque nos movemos” —y mueven hasta el poder político.

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES SON CÍCLICOS

Los movimientos sociales son cíclicos en dos sentidos. Primero, responden a circunstancias que varían según las fluctuaciones y los ciclos políticos, económicos y quizás ideológicos.

Segundo, los movimientos sociales tienden a tener ciclos de vida propios. Los movimientos como tales, así como sus miembros, su movilización y su fortaleza tienden a ser cíclicos ya que movilizan a la gente en respuesta a (principalmente en contra, y en menor grado a favor de) circunstancias que en sí mismas son de carácter cíclico.

Parecen existir ciclos culturales/ideológicos, políticos/militares y económicos/tecnológicos que inciden en los movimientos sociales. También existen participantes/observadores de estos movimientos que le dan más peso, o hasta peso exclusivo, a uno u otro de estos ciclos sociales. El nombre de Sorokin está asociado con el de los largos ciclos políticos/de guerra, y Kondratief y Schumpeter con los económicos y tecnológicos. Recientemente Arthur J. Schlesinger Jr., basándose en parte en el trabajo de su padre, ha descrito un ciclo político-ideológico de 30 años en los Estados Unidos, de fases que se alternan; la de responsabilidad social progresista (de los Progresistas de 1910, el New Deal en 1930 y la Nueva Frontera/Gran Sociedad, derechos civiles y movimientos, en contra de la guerra del Vietnam de 1960) y las fases individualistas (de Coolidge en 1920, la macartista de 1950 y la reaganómica de los años ochenta), y esta última va a generar otra fase de movimiento social progresista en los años noventa. La actual crisis económica mundial y los inventos tecnológicos de las últimas dos décadas han conducido a un renovado interés científico y popular en los largos ciclos económicos/tecnológicos, a nivel mundial, y a sus posibles relaciones con los ciclos políticos/ideológicos o inclusive su influencia determinante sobre éstos. Un análisis detallado de estos ciclos (y de las disputas acerca de si los ciclos ideológicos, los políticos o los económicos son dominantes) está fuera del alcance de este trabajo. Sin embargo, para comprender los movimientos sociales contemporáneos, es esencial contextualizarlos dentro de estos movimientos cíclicos, ya que éstos los moldean y hasta pueden hacerlos surgir. Es más, no sería del todo errado considerar la posibilidad (nosotros argüiríamos la alta probabilidad) de que existan ciclos económico/políticos con componentes ideológicos y que nos encontremos en la actualidad en una fase B de descenso de un ciclo u onda larga de "Kondratief", que ejerce una influencia importante o hasta generadora de los movimientos sociales contemporáneos (incluidos aquellos que Schlesinger analizó y predijo).

El ciclo largo de Kondratief estaba en una fase ascendente a comienzos de este siglo, en una larga fase descendente de "crisis" en la entreguerra (en qué parte del ciclo encajan las dos guerras mundiales, también está en discusión), una de recuperación durante la postguerra, y otra vez una fase de "crisis" descendente que comienza a mediados de los años sesenta o de forma más explícita desde 1973. Aparentemente, los movimientos sociales del último siglo se hicieron más numerosos y adquirieron una mayor fortaleza en la última fase descendente de 1873 a 1896, durante el período de crisis de la entreguerra en este siglo, y una vez más en la época actual de crisis económica, política, social, cultural, ideológica, etcétera. Una lectura de esta evidencia histórica nos puede sugerir que los movimientos sociales se debilitan en número y poder durante los periodos de auge económico (aunque en los años sesenta hubo muchos movimientos sociales en Norte y Sudamérica, Europa, África y Asia) y reviven durante periodos de recesión económica. Sin embargo, al comienzo son principalmente defensivos y

muchas veces regresivos e individualistas (como en la última década). Después, cuando la recesión económica afecta negativamente la subsistencia e identidad de los pueblos, los movimientos sociales se tornan más defensivos, progresistas y socialmente responsables. Esto es lo que pronostica Schlesinger para la década del noventa en los Estados Unidos, y es algo que quizá ya se puede observar con carácter incipiente en la popularidad de la nueva música rock de protesta y el éxito de la obra teatral *Les Misérables* en 1987, etcétera. Claro está que este desplazamiento hacia los movimientos sociales y comunitarios ya ha tenido lugar en gran parte del Tercer Mundo, como respuesta a la propagación de la crisis económica mundial, que en América Latina y África es de mayor gravedad que la de los años treinta.

Por lo tanto, muchas de las razones y de los determinantes para el actual auge y fortaleza de los movimientos sociales deben ser buscados en su contexto histórico-cíclico, aunque muchos de sus miembros consideren que se están movilizandando en forma autónoma en la búsqueda de ideales que parecen ser atemporales y universales, tales como la verdadera religión, la nación esencial o la comunidad real. El desarrollo de la presente crisis político-económica a nivel mundial y sus múltiples ramificaciones en distintas partes del mundo está generando y agravando sentimientos de privación económica, política, cultural y de identidad, así como el agravio moral que deriva del sentimiento de justicia de millones de personas en todo el mundo.

La crisis económica mundial, específicamente, ha reducido la confianza popular en el Estado nacional y en sus instituciones políticas tradicionales, como defensoras y promotoras de los intereses del pueblo. En Occidente, el Estado de bienestar social-demócrata se ve amenazado por la bancarrota económica y la parálisis política, especialmente frente a fuerzas económicas mundiales que están más allá de su control. En el Sur, el Estado está sujeto a la militarización y al autoritarismo nacionales, a la dependencia económica y a la debilidad en el contexto internacional. En el Este, el Estado es visto como opresor en lo político (al igual que en el Sur), pero económicamente impotente (como en Occidente), así como socialmente corrupto, y por lo tanto, es un modelo poco atractivo para ser imitado por otros países. Durante esta crisis, en casi ninguna parte el "poder del Estado" es un *desideratum* o un instrumento adecuado para satisfacer las necesidades populares. Por esto, la gente en todas partes —aunque de distintas formas— busca avanzar (por protección o afirmación de la libertad) por medio de múltiples movimientos sociales no estatales, que de esta forma buscan reorganizar la vida social y redefinir la vida política.

En muchos casos, particularmente entre las capas medias, las circunstancias nuevas que deterioran sus vidas contradicen el auge anterior de sus expectativas y aspiraciones. Más y más gente se siente cada vez más impotente y/o se da cuenta de que sus sagradas instituciones políticas, sociales y culturales son cada vez menos capaces de protegerla y apoyarla.

Busca, por lo tanto, y quizás paradójicamente, una renovación o potenciación por medio de los movimientos sociales, los cuales son primordialmente defensores de la subsistencia y/o de la identidad, como los movimientos de comunidades locales urbanas y rurales, los movimientos étnicos/nacionalistas y algunos movimientos religiosos o con frecuencia movimientos escapistas, como los cultos religiosos y espiritistas, que se están multiplicando, o algunos movimientos fundamentalistas. Los movimientos ecológicos, pacifistas y de mujeres —por separado o en combinación con otros movimientos sociales— parecen responder también a la privación y a la impotencia generadas por la crisis, y buscan sobreponerse a ella en forma defensiva. Estos movimientos luchan por un mejoramiento de las condiciones de vida sólo de una manera marginal y defensiva, como sucede con los movimientos de mujeres, que buscan mejorar la posición social de la mujer, así como la de la sociedad misma, aunque esto se dé en un período en que la crisis económica vaya en detrimento de las oportunidades económicas de la mujer.

De la misma manera en que los movimientos sociales llegan a crecer cíclicamente en respuesta a las circunstancias que cambian, asimismo desaparecen otra vez. Claro está que si las reivindicaciones de un movimiento social particular son resueltas, éste tiende a perder fuerza en la medida en que su razón de ser comienza a desaparecer (o se institucionaliza y pierde su carácter de movimiento social). No obstante, es más común que sean las circunstancias las que cambien (independientemente del movimiento social o sólo en forma parcial por su acción), y que el movimiento pierda su atractivo y su fuerza al dejar de tener pertinencia, o se transforme (o que sus miembros se incorporen a otro movimiento por nuevas reivindicaciones). Sin embargo, los movimientos que en vez de institucionalizar la acción, movilizan a la gente, tienden a perder su fuerza en la medida en que disminuye su capacidad de movilización, aunque sean exitosas o pertinentes en las circunstancias existentes.

Esta tendencia hacia la vejez y la muerte es especialmente marcada en los movimientos sociales que dependen de un líder carismático para la movilización de sus miembros. Los diversos movimientos de 1968 y la mayoría de los movimientos campesinos y revolucionarios constituyen ejemplos dramáticos de este ciclo de vida de los movimientos sociales.

Claro está que la historia también tiene tendencias acumulativas a largo plazo, además de ciclos. Pero estas tendencias acumulativas históricas parecen no haber sido generadas primordialmente por movimientos sociales, aunque algunos grandes movimientos sociales hayan podido contribuir a ellas. Ejemplos de esto pueden ser los grandes movimientos religiosos del pasado, como el Cristianismo, el Islam o la Reforma. Es ampliamente aceptado también el hecho de que movimientos políticos como la revolución francesa, la rusa o la china, transformaron al mundo para siempre. Pero igualmente se puede plantear que no han tenido un efecto acumulado sobre el mundo entero, y que han sido sometidos a reveses considerables

en sus propias naciones. Tal como lo plantearemos más adelante, el socialismo real y existente no parece ser hoy una tendencia acumulativa a largo plazo, lo cual contradice lo que sustentan sus propulsores y lo que algunos todavía defienden. La gran mayoría de los movimientos sociales dejan pocas huellas acumulativas en la historia. Más aún, es probable que ningún movimiento social haya logrado todo lo que se propuso, o exactamente todo lo que sus participantes (que con frecuencia tenían distintos puntos de vista) proponían. En efecto, muchos, si no todos los movimientos sociales del pasado, produjeron consecuencias diferentes de las que se proponían.

LA COMPOSICIÓN DE CLASE DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Los nuevos movimientos sociales de Occidente están conformados principalmente por miembros de la clase media. Esta composición de clase refleja, obviamente, la cambiante estratificación de la sociedad occidental hacia formas cada vez menos bipolares. La reserva relativa y absoluta de la población de clase media se vio aumentada por la reducción relativa y hoy casi absoluta de la fuerza trabajadora industrial, al igual que la fuerza trabajadora agrícola que la antecedió, y por el crecimiento del empleo en el sector de servicios (aunque gran parte de éste tenga bajos salarios) y del auto-empleo. La disminución en el empleo de la clase trabajadora industrial no sólo ha reducido el tamaño de este sector social, sino también su fortaleza organizativa, su militancia y la conciencia de los movimientos "clásicos" de la clase trabajadora y su movimiento sindical. Las reivindicaciones en torno de la ecología, la paz, los derechos de la mujer, la organización comunitaria y la identidad, incluyendo la etnicidad y el nacionalismo de las minorías, parecen ser sentidas y estar relacionadas con las demandas por justicia principalmente de la clase media en Occidente. Sin embargo, movimientos como los étnicos, nacionales y algunos movimientos religiosos parecen abarcar otras clases y estratos sociales. Los movimientos minoritarios en particular, tales como el movimiento negro por los derechos civiles y el movimiento latino-chicano de los Estados Unidos, sí tienen una base popular sustancial, aunque gran parte de su liderazgo y de sus demandas exitosas provengan de la clase media. Parece ser que sólo el chauvinismo nacionalista y quizás la religiosidad fundamentalista (mas no los cultos religiosos y espiritualistas) movilizan en forma más masiva a la clase trabajadora y a algunos miembros de los grupos minoritarios. Aunque posiblemente gran parte de las reivindicaciones de esta gente esté relacionada con una situación de privación cada vez más grave y con una movilidad social reducida o invertida, y tenga por tanto una base económica, estas reivindicaciones se expresan principalmente por medio de su lealtad hacia movimientos sociales que persiguen demandas feministas, ecológicas, pacifistas, comunitarias, étnicas/nacionalistas e ideológicas. En el Tercer Mun-

do, los movimientos sociales son principalmente de la clase popular. Esta clase no sólo tiene mayor peso en el Tercer Mundo, sino que sus miembros están sometidos a privaciones y a la injusticia, lo cual hace que se movilicen en y a través de los movimientos sociales. A ello se suma el peso internacional y nacional/doméstico de la crisis económica mundial de la actualidad, y recae de tal forma sobre esta gente, que de por sí ya tiene un nivel de ingresos muy bajo, que hace peligrar seriamente su supervivencia física y económica y su identidad cultural. Por lo tanto, *tiene* que movilizarse para defenderse, ante la ausencia de instituciones sociales y políticas que la defiendan. Estos movimientos sociales en el Tercer Mundo son a la vez cooperativos y competitivos o conflictivos. Existe toda una gama de estos movimientos sociales que parecen ser espontáneos y locales; son movimientos/organizaciones tanto rurales como urbanos que buscan defender la subsistencia de sus miembros por medio del consumo, la distribución y la producción cooperativa, y están entre los más numerosos, activos y populares. Ejemplo de éstos son las ollas comunes; distribuidores y frecuentemente productores de satisfactores básicos, como el pan; organizadores, reivindicadores o negociadores, y a veces luchadores por infraestructura comunitaria, como la tierra agrícola y urbana, el agua, la electricidad, el transporte, etcétera. Recientemente se podían contar más de 1 500 agrupaciones locales comunitarias de este tipo sólo en Río de Janeiro, y en la India cada vez hay más activos/difundidos en sus 600 000 aldeas.

En otras palabras, en gran parte del Tercer Mundo la “lucha de clases” continúa y hasta se intensifica, pero toma la forma o se expresa por medio de muchos movimientos sociales, además de la forma “clásica” de fuerza de trabajo (sindical) *versus* capital y Estado. Estos movimientos sociales y organizaciones populares representan otros instrumentos y expresiones de la lucha de la gente contra la explotación y la opresión, y por su sobrevivencia e identidad, dentro de una sociedad compleja y dependiente, en la que estos movimientos se constituyen en esfuerzos e instrumentos de potenciación democrática. En el Tercer Mundo, la región, la localidad, la residencia, la ocupación, la estratificación, la raza, el color, la etnicidad, el lenguaje, la religión, etcétera, en forma individual y en combinaciones complejas, son elementos e instrumentos de dominación y liberación. Los movimientos sociales y la “lucha de clases” que inevitablemente expresan, también reflejan esta estructura y este proceso económico, político, social y cultural complejo.

Sin embargo, estos movimientos sociales frecuentemente tienen un liderazgo de clase media, y en esto son bastante similares a los movimientos de los trabajadores y campesinos que les antecedieron y que irónicamente hoy les ofrecen algunas oportunidades de empleo y de satisfacción en su trabajo a miembros de la clase media y de la intelectualidad que de otra forma estarían sin empleo: profesionales, maestros, sacerdotes, etcétera, quienes proporcionan a estos movimientos sociales del Tercer Mundo sus servicios como líderes, organizadores o consejeros.

La mayoría de las veces, estos movimientos comunitarios locales se mezclan con movimientos religiosos y étnicos, que les dan fuerza y promueven la defensa y afirmación de la identidad popular. No obstante, los movimientos étnicos, nacionales y religiosos en el Tercer Mundo también atraviesan las clases sociales. Asimismo, existe una serie de movimientos religiosos, étnicos y “comunales” que movilizan a unos grupos contra otros, como sucede en el sureste asiático (hindúes, musulmanes, sijs, tamiles y muchos otros) y en otras partes del Tercer Mundo —quizás el caso más dramático y trágico sea el del Líbano—. El crecimiento de estos grupos comunales y a veces raciales en el Tercer Mundo está relacionado directamente con la gravedad de la crisis económica y de la crisis política del Estado o el partido, así como con el grado de incumplimiento de sus aspiraciones y expectativas en el pasado.

El (denominado) Este socialista no es ajeno a este viraje mundial en dirección a los movimientos sociales. Los diez millones movilizados por Solidaridad en Polonia, así como los movimientos en China, son ejemplos bien conocidos, pero también se presentan cada vez más frecuentemente en otras regiones de Europa oriental y la Unión Soviética. Los movimientos sociales del Este socialista también parecen abarcar o combinar a miembros de distintas clases/estratos, en mayor medida que los de Occidente o del Sur, en correspondencia con la posición intermedia que el Este socialista ocupa entre el Occidente capitalista industrializado y el Sur o Tercer Mundo (esto, si estas categorías todavía tienen alguna utilidad o significado, lo cual es algo cada vez más cuestionable). Como en el resto del mundo, y obedeciendo a razones similares, así como a circunstancias cambiantes, en todos los países socialistas están creciendo movimientos étnicos, nacionalistas, religiosos, ecológicos, pacifistas, de mujeres, regionales/comunitarios y otros movimientos de protesta con participantes provenientes de diferentes sectores sociales.

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y EL PODER ESTATAL

La mayor parte de los movimientos sociales no busca el poder estatal, sino la autonomía, inclusive ante el Estado mismo. Para muchos observadores y participantes esta afirmación es una perogrullada, ya que no buscar el poder —y mucho menos ejercerlo— es el *sine qua non* de un movimiento social, y acceder al poder estatal negaría la esencia misma y los propósitos de la mayoría de los movimientos sociales. Esta incompatibilidad entre movimiento social y poder estatal quizá se presente de manera más intuitivamente obvia en el movimiento de mujeres. Por otra parte, para los participantes y observadores de los movimientos sociales no es nada satisfactorio definirlos o describirlos en términos de lo que no son. Los más numerosos entre ellos, las comunidades de base que individualmente tienen poca significación, obviamente no pueden perseguir el poder estatal. Además,

al igual que con los movimientos de mujeres, la sola noción del poder estatal, y hasta del poder político de partido, negaría en gran medida su esencia y objetivos de base. Estos movimientos comunitarios movilizan y organizan a sus miembros en la búsqueda de fines, materiales y no materiales, que consideran les han sido negados injustamente por el Estado y sus instituciones, incluyendo a los partidos políticos. Entre los fines y métodos no-materiales de muchos movimientos comunitarios locales se halla el desarrollo de una democracia más participativa y de base y de una autodeterminación de abajo hacia arriba. Perciben que les son negados por el Estado y su sistema político. Estos movimientos comunitarios buscan, por lo tanto, lograr una mayor autodeterminación para sí mismos dentro del Estado o evitar al Estado. Este tipo de movimientos comunitarios se ha multiplicado recientemente por todo el Sur y el Occidente y quizá menos en el Este. En el Sur, por necesidad, los movimientos comunitarios se ocupan más de las necesidades materiales y frecuentemente de la supervivencia misma, mientras que en Occidente muchos de estos movimientos pueden dedicarse más a la democracia participativa local y de base. Claro está que las fuerzas —para ellos incontrolables— de la economía nacional y mundial limitan severamente su radio de acción. Los mismos Estados nacionales no tienen suficiente poder —y no protegen a las comunidades— contra las fuerzas económicas mundiales que están más allá de su control. Es por esto que (irónicamente, ya que tienen aún menos poder) las comunidades locales tratan de protegerse por medio de su potenciación y de estrategias propias. La acción y la dirección colectiva son promovidas y protegidas conscientemente, y la concentración de poder es rechazada como corruptora (es como si se hablara con una prosa actoniana).

La otra cara de la misma moneda es la desilusión y la frustración progresivas de mucha gente, especialmente en períodos de crisis económica. “Crecimiento económico”, “desarrollo económico”, “las metas económicas”, “los medios económicos”, “las necesidades económicas”, “la austeridad económica”; existen demasiadas consignas y “soluciones” económicas que no satisfacen las necesidades de la comunidad, ni responden a la identidad y espiritualidad de la gente, y en muchos casos tampoco a su bienestar material. Además, se percibe a las instituciones políticas (estatales) como sirvientas de estos supuestos imperativos económicos y no como alternativas o directoras de estos procesos. No sorprende, por lo tanto, que las mujeres en especial, el sector que más padece los rigores de la economía, estén al frente de los movimientos sociales extrainstitucionales, tanto no económicos como antieconómicos, los cuales ofrecen o buscan otras soluciones y recompensas.

Muchos movimientos sociales también responden al sentimiento de frustración y de injusticia de la gente, contra las fuerzas político-económicas fuera de su control. Muchas de estas fuerzas económicas —a veces percibidas, a veces no— surgen de la economía mundial en crisis. Es significativo que, cada vez más, la gente considere que el Estado y sus instituciones,

en particular los partidos políticos, son ineficaces frente a estas fuerzas poderosas. El Estado y el proceso político, o no quieren o no pueden afrontar, mucho menos controlar, las fuerzas económicas. Tanto el Estado y sus instituciones, como el proceso político y los partidos políticos —en aquellos sitios donde existen—, dejan a la gente a merced de fuerzas a las que éstas tienen que responder con otros medios —sus propios movimientos sociales—. Es así como la gente forma o entra a participar en movimientos sociales primordialmente de protección y defensa, con base en asuntos religiosos, étnicos, nacionales, raciales, de género, ecológicos, pacifistas, como también comunitarios y alrededor de otros temas “únicos”. La mayoría de estos movimientos se movilizan y organizan independientemente del Estado, sus instituciones y los partidos políticos. No consideran que acudir al Estado ni a sus instituciones, o que integrarse o militar en los partidos políticos sean las formas adecuadas para alcanzar sus metas. Es más, en gran medida la acogida y la fortaleza de los movimientos sociales contemporáneos de Occidente, del Este y del Sur, así como su búsqueda de otras alternativas, es reflejo de la desilusión y frustración de la gente respecto del proceso político y de los partidos políticos, del Estado y de la captura del poder estatal. Lo que se percibe como el fracaso —en todo el mundo— de partidos y regímenes de izquierda, tanto reformistas como revolucionarios, para expresar adecuadamente la protesta de la gente y para presentar alternativas viables, ha sido responsable del desplazamiento popular hacia los movimientos sociales. Pero en muchos casos, las reivindicaciones de la gente se plantean en contra del Estado y de sus instituciones y, algunas veces, los movimientos sociales buscan incidir en la acción estatal por medio de la presión externa y con mucho menos frecuencia a través de la presión interna. Sólo algunos movimientos nacionalistas o étnicos y, en el mundo islámico, algunos movimientos religiosos, buscan un Estado propio. Sin embargo, uno de los principales problemas de y con los movimientos sociales es su coexistencia con Estados nacionales, sus instituciones, procesos y partidos políticos. Algo que ilumina este problema es el movimiento/partido Verde en Alemania. Lo que fue un movimiento ecológico de base, se convirtió en un partido político en el parlamento. El ala *realo* (realista, *realpolitik*) plantea que el Estado, el parlamento, los partidos políticos, etcétera, son un hecho de la vida que el movimiento debe tener en cuenta y utilizar en beneficio propio, y que esa influencia puede ser ejercida mejor al entrar en estas instituciones y cooperar con otras desde adentro. El ala *fundi* (fundamentalista) plantea que la participación en las instituciones del Estado y en las coaliciones con otros partidos políticos, como los socialdemócratas, compromete los fines de los verdes y prostituye sus fundamentos, incluyendo el de ser un movimiento. Algunos movimientos comunitarios y pacifistas, así como los movimientos étnicos, nacionales, religiosos, afrontan problemas similares. Además de lo que puedan lograr al margen del Estado, a veces existe una presión poderosa para que los movimientos sociales traten de actuar en el interior del Estado, como parte de un partido po-

lítico o como partidos políticos en sí mismos o por medio de otra institución estatal. Pero entonces estos movimientos corren el peligro de comprometer su misión, desmovilizar o repeler a sus miembros y de negarse como movimientos. La pregunta que se plantea entonces es la de si los medios justifican los fines y si estos fines son más alcanzables por medios institucionales distintos al movimiento. Además, surge la pregunta de si los antiguos movimientos sociales que frecuentemente se constituyeron como organizaciones de frentes de masas y partidos políticos están siendo reemplazados por los movimientos sociales, los cuales a su vez forman o ingresan a partidos políticos. Si éste es el caso, entonces ¿qué diferencia quedaría entre los antiguos y los nuevos movimientos sociales?, y ¿qué sucede con los sentimientos y la movilización extra o anti-Estado o partido de muchos miembros de estos movimientos? Quizás la respuesta debe ser buscada replanteando la pregunta hacia el examen del ciclo de vida de los movimientos sociales y el reemplazo de movimientos antiguos por movimientos nuevos.

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL

A pesar de su naturaleza defensiva, sus limitaciones y sus relaciones con el Estado, que analizamos precedentemente, los movimientos sociales son importantes agentes de transformación social y portadores de una nueva visión. Una razón de la importancia de los movimientos sociales es la del vacío que llenan en espacios en que el Estado y otras instituciones sociales y culturales son incapaces de actuar (o no quieren hacerlo), en función de los intereses de sus miembros. Es más, como ya lo observamos, los movimientos sociales entran en espacios donde no existen instituciones o no promueven o van en contra de los intereses de la gente. A menudo los movimientos se aventuran a ir por sitios donde ni los ángeles se atreven. Aunque muchos movimientos sociales, en especial los religiosos, invocan la santidad de los valores y las prácticas tradicionales, otros son innovadores en lo social, en lo cultural y en otros aspectos. Sin embargo, si desaparecen las circunstancias que dieron a luz e hicieron crecer los movimientos sociales, también desaparece el movimiento. Si el movimiento logra los fines que se propuso o éstos pierden su relevancia, pierde su atractivo, su empuje; se diluye o petrifica. No obstante, muchas transformaciones sociales, cambios culturales y desarrollos económicos se dan como resultado de instituciones, fuerzas, relaciones, etcétera, que no se circunscriben ni a los movimientos sociales ni al proceso político de los Estados nacionales. El desarrollo económico mundial, la industrialización, el cambio tecnológico, la "modernización" social y cultural, etcétera, han sido y siguen siendo procesos que no son impulsados ni dirigidos por los movimientos sociales o las instituciones políticas (estatales). Su intervención ha sido más de reacción que de promoción. Aunque no se debe menospreciar la intervención estatal, sus limitaciones son aún mayores dentro de una economía mundial con ciclos y tendencias que en

gran medida están más allá de su control. Hoy incluso la propiedad y la planificación "socialista" estatal son incapaces de dirigir y hasta de manejar las fuerzas de la economía mundial.

Esta circunstancia nos debería conducir a ser más realistas y modestos sobre las perspectivas de los movimientos sociales (o sobre las de las instituciones políticas) y sus políticas para contrarrestar y hasta para modificar esas fuerzas económicas mundiales, y más aún, sobre su capacidad para escapar a los efectos de estas fuerzas. Pero eso no ha sido así. Por el contrario, cuanto más poderosas e incontrolables son las fuerzas de la economía mundial, especialmente durante el presente período de crisis económica mundial, más generan movimientos sociales (y algunas estrategias políticas e ideológicas) que pretenden a la vez autonomía e inmunidad frente a estas fuerzas económicas mundiales y que prometen sobreponerse o aislar a sus miembros de ellas. Gran parte del atractivo de los movimientos sociales proviene claramente de la fuerza moral de su promesa de liberar a sus participantes de las privaciones, profundamente sentidas, en torno de sus necesidades materiales, estatus social e identidad cultural. Por lo tanto, esperanzas objetivamente irracionales de salvación aparecen como llamados subjetivamente racionales para que se afronte la realidad —y para salvarse y salvar el alma por medio de la participación activa en los movimientos sociales—. El mensaje se convierte en el medio, invirtiendo el orden de las palabras de Marshall McLuhan.

En este contexto, es necesario aclarar las referencias acerca de los movimientos (sociales) "antisistémicos" (por ejemplo, Amin y Wallerstein). Muchos movimientos sociales son en efecto antisistémicos, en el sentido de que los movimientos y sus participantes combaten o desafían al sistema o a alguno de sus aspectos. No obstante, muy pocos de estos movimientos sociales son antisistémicos, en sus esfuerzos y menos aún en sus logros, para destruir el sistema y reemplazarlo por otro o por ninguno. Existe evidencia histórica contundente de que los movimientos sociales *no son antisistémicos* en este sentido. Como observamos, las consecuencias sociales de los movimientos no son acumulativas. Es más: sus efectos frecuentemente no son intencionales, de tal forma son incorporados, si no cooptados, por el sistema, que termina siendo fortalecido y reforzado por los movimientos sociales que originariamente eran anti-sistémicos. Hay poca evidencia contemporánea que nos lleve a pensar que en el futuro las perspectivas de los movimientos sociales, así como sus consecuencias, serán muy diferentes a las del pasado. De hecho, los medios, fines y consecuencias anti-sistémicas de los movimientos sociales —aunque algunos de éstos sean cooptados al final— modifican el sistema "sólo" al cambiar sus nexos con éste.

DESLIGAMIENTO Y TRANSICIÓN AL SOCIALISMO EN LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Es posible que hoy y en el futuro se considere que los movimientos sociales ofrecen nuevas interpretaciones y nuevas soluciones en torno de la problemática de “desligamiento” del capitalismo y parte de las naciones-Estados dependientes del Sur, de la economía mundial capitalista y sus ciclos. Durante la presente crisis económica mundial, los Estados socialistas del Este, con sus economías planificadas, han vuelto a ser articulados a la economía mundial, así como a sus ciclos y a su desarrollo tecnológico. Ninguna economía nacional y ningún Estado en ningún lugar del mundo, y casi ningún partido político, consideran seriamente la posibilidad de desligar una economía nacional de la mundial. Por lo tanto las propuestas de desligamiento —de que “paren el mundo, que me quiero bajar”— están pidiendo a gritos que quienes han sostenido que ésta es una opción y una necesidad (como uno de los autores de este artículo) lleven a cabo una reevaluación sobre el tema. No obstante, si bien hoy y en el futuro predecible no es posible que la nación-Estado y su economía sean independientes, quizás no se deba abandonar totalmente la idea del “desligamiento”, sino más bien reinterpretarla.

La problemática del “desligamiento” puede ser reinterpretada por medio de los nuevos o diferentes nexos que muchos movimientos sociales están tratando de establecer, tanto entre sus miembros y la sociedad, como en el interior de la misma sociedad. Ejemplo de esto son los movimientos de mujeres y algunos de los movimientos verdes. Muchos movimientos sociales buscan proteger a sus miembros tanto física como espiritualmente de los caprichos de los ciclos de la economía mundial y proponen diferentes tipos de nexos de sus miembros con la economía y la sociedad, así como su transformación. Quizás el “desligamiento” deba ser reconceptuado como una nueva forma o un cambio en la forma de articularse. Los movimientos sociales están transformando estas articulaciones para sus miembros. Esto incluirá a los movimientos religiosos y espiritualistas que pretenden ofrecer a sus fieles creyentes aislamiento y protección de los traumas del mundo secular y, especialmente, algunos movimientos étnicos de minorías que buscan reafirmar la identidad de sus miembros y una nueva articulación con la sociedad que los rodea.

De manera similar, la problemática y las perspectivas de la transición al socialismo puede ser reinterpretada a la luz de la experiencia con el socialismo real existente y los movimientos sociales contemporáneos. Se ha comprobado que el socialismo real existente ha sido incapaz de desligarse de la economía capitalista mundial. Es más, a pesar de sus logros en la promoción de un crecimiento extensivo (al movilizar los recursos humanos y físicos), ha fracasado en el desarrollo del crecimiento intensivo por medio de la innovación tecnológica. De hecho, la misma planificación que contribuyó a un

crecimiento nacional, industrial y autárquico, ha probado ser un obstáculo para un desarrollo tecnológico competitivo, dentro de una economía mundial de cambios acelerados. La organización política del socialismo real existente ha perdido su eficacia en lo nacional y su atracción en la esfera internacional. Quizá sea más importante la claridad con que el camino hacia un mejor futuro “socialista”, el cual reemplazará la actual economía mundial capitalista, no pase por el socialismo real existente. Como observaba el planificador polaco Josef Pajetska en una reunión reciente en la Escuela Central de Planificación y Estadística en Varsovia, el socialismo real existente está estancado en una vía lateral. El mundo avanza velozmente en el tren express por la vía principal —tal como lo anotó uno de los autores del presente artículo— aunque podría hacerlo hacia un abismo, como respondió Pajetska.

Es más, es posible que los socialistas utópicos —a quienes Marx condenó por su falta de científicidad— terminen siendo mucho menos utópicos que los supuestos socialistas científicos, pues la visión de estos últimos ha terminado siendo mucho más utópica que científica. Quizá los socialistas utópicos fueron más realistas que los científicos y tienen más en común con los movimientos sociales de nuestros tiempos, al esforzarse y organizarse para cambiar la sociedad por medio de pasos inmediatos y pequeños, pero *posibles*, que no requerían la toma del poder estatal. Además, los socialistas utópicos proponían y perseguían una serie de cambios sociales, y en particular un cambio en las relaciones entre los sexos, que con el tiempo fueron abandonados y olvidados por los socialistas científicos. En su libro *Eva y la Nueva Jerusalem*, Barbara Taylor documenta la lucha por los derechos de la mujer y por la democracia participativa, y su intento de implementación por parte de los socialistas utópicos seguidores de Robert Owen; y la importancia de estas dos luchas entre los que se asociaron con Fourier y Saint-Simon. En el joven Marx, la participación también estaba presente como un antídoto contra la alineación. Era un tema que lo preocupaba, como también preocupa a muchos de los movimientos sociales contemporáneos. Es así como muchos de éstos podrían beneficiarse a partir de una mayor familiaridad con las metas, la organización y la experiencia de los socialistas utópicos antiguos, y también de algunos anarquistas.

Por lo tanto, es posible que la verdadera transición a una alternativa “socialista” para las actuales economía, sociedad y política mundiales, esté principalmente en manos de los movimientos sociales. Éstos no sólo deben intervenir en favor de la supervivencia, de la salvación de la mayor cantidad de gente posible del abismo amenazador. También debemos ver a los movimientos sociales como los agentes más activos en el establecimiento de nuevas articulaciones que puedan transformar al mundo en nuevas direcciones. Sin embargo, aunque algunos movimientos sociales son subnacionales, pocos son nacionales o internacionales (en el sentido de ser entre Estados nacionales), y muchos, como los de mujeres, pacifistas y ecologistas pueden ser transnacionales (esto es, no nacionales), o de pueblo a pueblo

en el sistema mundial. Por lo tanto, quizás no sea sorprendente que exista más transnacionalidad entre los movimientos sociales basados en la metrópoli, que entre los movimientos más fragmentados del Tercer Mundo dependiente (región también más fragmentada). Esta transformación socialista real —si es que ocurre—, impulsada por los movimientos sociales, será de todos modos mucho más flexible y variada que cualquier transformación ilusoria de “socialismo en un país”, repetida una y otra vez.

COALICIONES Y CONFLICTOS ENTRE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Sin pretender dar ningún consejo, puede ser de utilidad indagar sobre las posibilidades de conflicto y de coaliciones entre (distintos tipos de) movimientos sociales. Aristófanes ya había señalado la relación existente entre las mujeres y la paz en su obra *Lysistrata*. Riane Eisler —en su obra *El cáliz y la espada*— ha encontrado esta relación en épocas mucho más antiguas. Hoy, los movimientos pacifistas y de mujeres comparten miembros y líderes y, definitivamente, brindan posibilidades para la formación de una coalición. Esta coincidencia en militantes y líderes también se observa entre los movimientos de mujeres y en los movimientos comunitarios locales. O por lo menos, algunas mujeres, en especial en América Latina, están activas en los movimientos comunitarios donde adquieren algunas perspectivas feministas y plantean sus propias demandas, modificando a estos movimientos y a sus comunidades y, ojalá también, a sus sociedades. En Occidente existen coincidencias similares, aunque no tan marcadas, entre movimientos comunitarios y pacifistas que también tienen un significativo liderazgo femenino el cual se expresa, por ejemplo, en las comunidades “nuclearmente libres”. A su vez, los movimientos ambientales/ecológicos/verdes de Occidente comparten metas que son compatibles con los fines y los miembros de los movimientos comunitarios, pacifistas y de mujeres. Por lo tanto, todos estos movimientos (de mujeres, pacifistas, ecologistas y comunitarios) ofrecen múltiples posibilidades para la formación de coaliciones, ya que todos evitan la búsqueda del poder estatal y las relaciones con los partidos políticos. Además, gracias a la preponderancia de la mujer, estos movimientos tienen una naturaleza más comunitaria, participativa, democrática, de ayuda mutua y de creación de redes, en vez de relaciones jerárquicas entre sus miembros, y ofrecen más posibilidades de una mayor difusión en la sociedad.

Otras áreas de coincidencias, compatibilidad o de coalición entre sus miembros pueden ser observadas entre algunos movimientos religiosos, étnicos, nacionales y a veces raciales. El movimiento encabezado por el ayatola Jomeini en Irán y algunos de sus seguidores en el mundo islámico es el ejemplo más espectacular de esto, con la más exitosa y masiva movilización de los tiempos recientes. Otros ejemplos son los sijs de Punjab, los tamiles de Sri Lanka y quizás el movimiento Solidaridad en Polonia, los

albanos en el Kosovo yugoslavo, los católicos en Irlanda del Norte y otros ejemplos recientes. Pero es necesario destacar que estos movimientos religiosos —étnicos— nacionalistas también persiguen el poder estatal o la autonomía institucional y, a veces, su incorporación a un Estado nacional/étnico vecino. Si las comunidades son homogéneas en lo religioso y lo étnico, puede haber coincidencia y coaliciones con estos movimientos mayores.

Las oportunidades para que se den coincidencias o coaliciones entre distintos movimientos sociales se ven acrecentadas cuando tienen miembros/participantes en común y/o enemigos comunes. La participación de las mujeres en distintos movimientos sociales ya ha sido señalada. Sin embargo, esta participación en común también se extiende a otros individuos y, en particular, a las mujeres que participan individualmente en varios movimientos sociales al mismo tiempo o sucesivamente. Estas personas están en posiciones clave para crear puntos de contacto, o coaliciones entre movimientos sociales distintos. Estos puntos de contacto también pueden surgir de la identificación de uno o más enemigos en común, tales como un Estado, un gobierno o un tirano específico; o una institución social, o un grupo racial o étnico dominante; o enemigos menos identificables en lo concreto, como “el Occidente”, “el imperialismo”, “el capital” o “el Estado”, “los extranjeros”, “los hombres”, “la autoridad” o “la jerarquía”. No obstante, quizá tanto las oportunidades para formar coaliciones como el carácter de masas y la fortaleza de la movilización social se incrementan cuando la gente percibe que debe defenderse contra estos enemigos.

También existen áreas de conflicto y de competencia entre los movimientos sociales. Obviamente, los movimientos de distintos grupos religiosos, étnicos y raciales entran en conflicto y compiten entre sí. Además, todos ellos parecen también entrar en conflicto y competir con el movimiento de mujeres y frecuentemente con el movimiento pacifista. En particular, casi todos los movimientos religiosos, nacionales (nacionalistas) y étnicos, como también los movimientos de los trabajadores y los movimientos semejantes a los partidos de inspiración marxista, niegan y sacrifican los intereses de la mujer. Además, compiten exitosamente contra los movimientos de mujeres, los cuales pierden las conquistas que puedan haber logrado frente al asedio de éstos. Parece ser que la religión y el nacionalismo, y aun en mayor grado estos dos combinados, sacrifican los intereses y los movimientos de las mujeres. El shiíta iraní deliberadamente aumenta la opresión de las mujeres. En Vietnam y Nicaragua, como en otras partes, las mujeres inicialmente participaron activamente y se beneficiaron de la lucha nacionalista, pero luego vieron cómo se sacrificaba un mayor avance de sus intereses, frente a la prioridad que se dio al “interés nacional” (también por la importancia que se le dio al apoyo católico). De manera similar, los movimientos nacionalistas y de liberación nacional en muchas partes de Asia y de África tienden a ignorar y olvidar, e inclusive a suprimir y combatir los movimientos de las minorías étnicas y sus intereses.

Asimismo, graves conflictos internos son frecuentes en los movimientos

sociales en torno de los fines y/o los medios; cuando los movimientos sociales están integrados en coaliciones, especialmente para propósitos tácticos temporales, sus participantes pueden tener fines y/o preferencias distintas o conflictivas en cuanto a los medios. Esto ha sido común entre los movimientos antiimperialistas de liberación nacional y los movimientos socialistas del Tercer Mundo. La combinación de movimientos religiosos con otros movimientos sociales, como por ejemplo los que tienen dosis significativas de teología de la liberación, también poseen un potencial de conflicto interno. De hecho, la mayoría de los movimientos religiosos, o con una fuerte orientación religiosa, parecen tener semillas importantes de conflicto interno entre fines progresistas, de regresión y hasta escapistas. El llamado a la religión, y mucho más a la Iglesia, puede ser el principal o hasta el único recurso para que la gente se movilice en contra de un régimen represivo, o para sobreponerse a circunstancias opresivas y/o alienantes. En este sentido, la religión ofrece una opción liberadora y progresista, como por ejemplo, la teología de la liberación y otros movimientos comunitarios relacionados con la Iglesia, la Iglesia católica polaca, el movimiento contra el sha en Irán y algunos movimientos étnicos, religiosos/comunales (de defensa) en Asia. Sin embargo, la misma religión y la Iglesia contienen importantes elementos regresivos o reaccionarios. Los elementos escapistas o regresivos son los que ofrecen regresar a la época dorada del Islam en el siglo VII, o eliminar, inclusive, todo indicio de occidentalización. Reaccionarios en un sentido literal son los esfuerzos del Islam y del catolicismo por dar marcha atrás o evitar un mayor desarrollo progresista en las relaciones entre los sexos, incluyendo el divorcio, el control natal y las oportunidades socio-económicas para la mujer, así como otros derechos y libertades cívicas. De hecho, la religión en Occidente, en el Este y en el Sur es con mayor frecuencia un instrumento de las fuerzas reaccionarias que de las fuerzas progresistas.

LO IMPROPIO DEL "BUEN" CONSEJO EXTERNO A LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

En la medida en que los movimientos sociales sigan teniendo que escribir sus propios guiones mientras avanzan, no podrán utilizar, y sólo podrán rechazar como contraproducente cualquier receta que llegue de arriba o de fuera acerca de hacia dónde se deben dirigir o cómo deben llegar allí. Los movimientos sociales, en particular, no pueden utilizar el tipo de planes imaginarios evitados por Smith y por Marx, pero que han tenido tanta popularidad entre muchos que hablan en su nombre. Por esta razón, es difícil encontrar y asimilar buenos consejos para los movimientos sociales emitidos por intelectuales u otra gente con buenas intenciones. Quizás los más inapropiados sean los consejos de observadores no participantes (¿cómo nosotros?). Por otra parte, muchos movimientos sociales pueden beneficiarse,

y lo hacen, de la visión y de las destrezas organizativas de sus participantes y, menos frecuentemente, de gente externa que pasa por ellos, quienes les aportan algo de la visión y/o experiencia de otros movimientos, partidos e instituciones. En especial, muchos movimientos comunitarios se benefician o dependen del apoyo de instituciones externas como la Iglesia, las organizaciones no gubernamentales y ocasionalmente hasta del Estado. Esta ayuda, y en especial esta dependencia, encierra los peligros de cooptación de líderes e intermediarios, y en ocasiones hasta del movimiento social en su totalidad por parte de estas instituciones. No obstante, lo más característico de los movimientos sociales es que (deben) hacen las cosas a su propia manera. De hecho, quizás lo más importante que tienen que ofrecer tanto a sus participantes/miembros, como a otros en el mundo, es su método participativo y autotransformador de ensayo/error, así como su adaptabilidad. He aquí la esperanza que le ofrecen al futuro.

LA NUEVA DEMOCRACIA CIVIL

En conclusión, se puede preguntar cómo es que los movimientos sociales pueden ser cíclicos, transitorios, defensivos, mutuamente conflictivos y frágiles (tesis 3, 6 y 8) al mismo tiempo que forman nuevos lazos que sirven para transformar la sociedad de hoy (tesis 7). La respuesta debe ser buscada y tal vez encontrada en la participación y contribución de los movimientos sociales a la ampliación y redefinición de la democracia y la sociedad civil.

En la tradición y en la práctica, tanto burguesas como socialistas, la formación del Estado y el poder fueron lo primordial; la democracia fue definida principalmente en términos de participación política y/o económica en los asuntos del Estado. Actualmente, el poder y la institución estatal son evidentemente cada vez menos adecuados para tratar muchos de los problemas, tanto sociales como individuales, y en especial en la sociedad civil de Occidente, de Oriente y del Sur. Fuerzas económicas y políticas mundiales que están fuera de su control debilitan al Estado desde el exterior y lo incapacitan para servir a los intereses de sus ciudadanos en el interior. Al mismo tiempo, el Estado trata inadecuada o negativamente las múltiples preocupaciones sociales culturales e individuales de la sociedad (civil) y de los ciudadanos. Esta deficiencia del poder político (lo mismo en la democracia, cuando existe) o del Estado, tal vez se exacerbe durante períodos de crisis económicas u otras, y haga que las reglas establecidas del juego político sean cada vez más inadecuadas.

Por tanto, muchos tipos de movimientos sociales emergen y se movilizan para reescribir las reglas institucionales y democráticas del juego y del poder político —redefiniendo así su propio juego— para que, de modo creciente, incluyan y se basen en nuevas reglas democráticas del poder social/civil. Al hacer esto, ayudan a desplazar el centro de gravedad so-

ciopolítico de una democracia política o económica (u otro poder) del Estado hacia una democracia y un poder civil más participativos dentro de la sociedad y cultura civiles. Éstas se extienden mucho más allá de la familia y de su espacio propio, hacia otras preocupaciones donde las mujeres tienen una presencia y un papel relativamente más relevantes que en la política o la economía.

Hay inmensas y tal vez crecientes áreas donde los ciudadanos ya no pueden —o les resulta contraproducente— confiar en el poder político institucional del Estado.

Es en estas áreas donde los ciudadanos, y cada vez más las mujeres, se dedican democráticamente a resolver sus múltiples y a menudo opuestas preocupaciones económicas, sociales, de género, comunitarias, culturales, religiosas, ideológicas y a veces políticas. Con este propósito, los ciudadanos de la sociedad civil forman y se movilizan a través de múltiples movimientos sociales y organizaciones no gubernamentales, autónomos y autogeneradores de poder.

Al mismo tiempo, y en parte como consecuencia de esto, las exigencias de la democracia y de su extensión —o su redefinición en la práctica— como democracia civil se hacen cada vez más interesantes. En Occidente, una democracia más participativa se ve acompañada, o tal vez referida, con una baja en la participación electoral. En el Este, la nueva democracia se manifiesta tanto en movimientos sociales civiles (China) como en miles de nuevas asociaciones civiles y otras organizaciones y demostraciones públicas masivas (como el *glasnost* en la Unión Soviética y en otros países de Europa oriental). En el Sur, la participación individual y masiva en movimientos y organizaciones que tratan de reestructurar la sociedad y la cultura asume una posición primordial. Por lo tanto relativamente la democracia política en el interior del Estado también crece en este proceso de democracia civil, participativa y autónoma, de la sociedad civil. Asimismo, los movimientos sociales participativos y autogeneradores de poder (con la creciente participación de las mujeres) impulsan de manera importante este proceso de transformación social.

Traducción de Javier Sáenz